

"El Corresponsal De Paris"

(Hoja autógrafa semanal dedicada a la prensa hispano-americana).

Redaccion y Admision: 17 y 19 rue Maubeuge.

Paris.

Año I. - Núm. 15.

Paris 12 de Agosto de 1888.

Sumario: Ojeada a la situacion: La agitacion socialista en Paris. Muerte de un general comunista. Un entierro turbulento. Fin probable de la huelga. Triunfo diplomático. - Un estremo interesante. - La semana financiera. - Extranjero: ultimas noticias.

La semana que acaba de transcurrir ha sido en realidad una de las más agitadas, habiendo contribuido por un lado a que aumentara el estado de sobreexcitacion en que ya se encontraba Paris de algunos dias a esta parte un incidente tan doloroso como imprevisto, ocurrido a la hora misma en que cábamos fin a nuestra correspondencia anterior. Nos referimos a la muerte súbita del general de la Commune Emilio Ludes mientras estaba pronunciando un discurso en la célebre sala Favié - punto de cita de todas las reuniones y agitaciones socialistas - cuyo producto estaba destinado en proveyer de los trabajadores en huelga.

La muerte del terrible comunista fue producida por la ruptura de un aneurisma. Es imposible dar una idea del estupor que se apoderó de la asamblea ante el espectáculo del cadáver de ese hombre, fallecido tan trágicamente en el campo del honor (condecoracion sus amigos) a lo mejor de su edad - 44 años - y cuando la patria - que estimaba con verdadero fanatismo - podia esperar de él todavía, en determinadas circunstancias, grandes y desinteresados servicios.

El fallecimiento del ex-general Ludes, uno de los discípulos más devotos y más valiosos de Blanqui, ha llenado de consternacion y desconuelo a la fraccion del partido socialista que sigue las doctrinas del viejo revolucionario, alma mater de la Commune. Dificilmente podrá ser reemplazado en ese partido, en el cual representaba Ludes en la actualidad el papel

más importante. Añadamos, en honor a la verdad, que Budes, a pesar de las calumnias de que, como tantos otros, ha sido objeto y que amargaron no poco los últimos días de su agitada existencia, ha muerto pobre y honrado, no dejando a su familia más que las últimas migajas de una fortuna que ha ido desapareciendo poco a poco, roída por las necesidades de la política y mermada por los impulsos de un alma grande y generosa, dispuesta siempre en favor de los desgraciados y de los necesitados:

* * *

Como indicábamos anteriormente, la muerte de Budes ha contribuido por mucho a la agitación creciente que ha reinado en París durante la finada semana. Desde luego los agoreros y hasta los que sin serlo, han estimado desde el primer día sumamente peligrosa la situación que atravesaba la gran capital a consecuencia de la última huelga, anunciaron o presintieron que quizá el entierro del célebre comunista serviría de ocasión o pretexto para algún tumulto. El gobierno, por su parte, también lo creyó así y desde la víspera del entierro - esto es, el martes - tomó formidables precauciones lo mismo que si estuvieran abocados a los más graves sucesos.

En efecto, hay que convenir en que todo daba a comprender que se preparaba una manifestación revolucionaria. Que los ánimos estaban sobreexcitados y predispuestos no hay necesidad de repetirlo. Añádese a esto que los revolucionarios de todos matices y los elementos más turbulentos que encierra París (centro de los partidos extremos), estaban convocados para asistir con sus respectivas banderas rojas a la fúnebre ceremonia, y se verá cuán justificada era la aprensión de cuantos, como nosotros mismos, creíamos que algo grave iba a ocurrir en la gran capital en sentido más o menos revolucionario.

Ahora que han transcurrido ya algunos días desde que los sucesos ocurrieron, bien podemos con calma y sangre fría permitirnos sobre los mismos algunas breves reflexiones.

Pero digamos antes algo que sea como el resumen de esos acontecimientos. Estos se redujeron a varias cargas dadas por la policía a la multitud que acompañaba el féretro del ex-general, a consecuencia de haber unos cuantos mal aconsejados arbolado varias banderas rojas en el momento de pasar el

cortejo por la plaza de la República, primero, y después por el boulevard Voltaire. Tratóndose de una manifestación a la que concurrían, sin exagerar, entre invitados y curiosos unas cien mil personas, ya se comprenderá con este solo dato el inmenso tumulto que hubo de producirse en el momento en que la policía, por satisfacer su gusto de arrancar las banderas rojas de manos de los manifestantes que las llevaban, cargó sable en mano contra la multitud desparovida. Hay, sin embargo, quien explica el suceso de otra manera. Parece que al pasar por delante de un cuartelillo de policía situado en la plaza Voltaire, un desconocido hubo de arrojar en medio del cortejo una especie de caja de hoja de lata yendo a parar casualmente a los pies de Mr. Mouquin, comisario de policía. "Es una máquina explosible!" exclamó una voz. Al oír esto los ciento cincuenta guardias que estaban en el retén, salieron furiosos del cuartelillo sable en mano y sin que nadie les diera orden para ello cargaron por cuatro veces distintas sobre la multitud, en la que causaron algunas víctimas. El tumulto que, como antes le indicamos, fue extraordinario, duró como medio cuarto de hora. Los heridos fueron conducidos a las más próximas farmacias, y la manifestación, después de haberse replegado, siguió ya sin otro incidente hasta el cementerio del Padre Lachaise, que también estaba tomado militarmente, en previsión de cualquier nuevo tumulto.

Pero allí no ocurrió nada. Los manifestantes se desparacharon a su gusto desplegando gran número de banderas rojas - para lo que estaban ya autorizados -, pronunciándose, como es de suponer, varios violentos discursos y se terminó la fúnebre ceremonia sin ulteriores incidentes. Con todo, a la salida del Cementerio, produjo también un comienzo de tumulto. Los guardias sentían verdadera aversión por batirse y aprovecharon cuantos pretextos se les presentaron para cargar con más o menos furia contra curiosos y manifestantes. Esta falta de prudencia en la fuerza pública no hay nadie en París que no la reprenda. - Detalle importante: De todos los manifestantes, los que se condujeron con mayor circunspección fueron los individuos de la huelga.

Como sucede siempre en casos semejantes, la depuración de los hechos ocurridos se presenta bastante difícil atendida la pasión y la intranquencia que dominaban en todos los partidos; pero del fondo de esos lamentables sucesos desprendese de una manera inuegable que, cualesquiera que fuesen los provocadores, la fuerza pública - guardias de la paz, gendarmes y policía - usó bien poco discrecionalmente de sus facultades, atacando a la multitud en la forma brutal en que lo hizo por repetidas veces. Es imposible, - o, por lo menos, nos parece poco probable - que el ministerio del interior, cualesquiera que fuesen las precauciones que entendiése deber tomar, hubiese dado a la fuerza pública la orden de cargar, sable y fusil en mano, contra los manifestantes, y mucho menos contra los simples curiosos, por el mero hecho de que alguno se permitiera enarbolar la bandera roja, emblema, por lo visto, de sedición y de anarquía. Lo que ha ocurrido en este asunto, como ocurre frecuentemente en casos parecidos, es que la policía, y los gendarmes, y los guardias de la paz, por mejor querer demostrar su celo, cayeron en el trope de rèle que tantas víctimas suele ocasionar cuando una mano discreta o poderosa no sabe contenerlo a tiempo. O hay que aceptar esto, o bien no cabe otra cosa a presumir sino que la fuerza pública, en un momento de ceguera o de arrobamiento, se precipitó a la ofensiva creyendo en realidad que iba a ser formalmente atacada por los manifestantes.

De todas maneras, dejando a otros la paciente tarea de averiguar de qué parte está la responsabilidad de los lamentables sucesos ocurridos, bueno será hacer observar que habiendo sido la sencilla y en nuestro concepto inocente exhibición de unas cuantas banderas rojas la causa originaria u ocasional del tumulto, no comprendemos como los agentes del gobierno, por un motivo tan simple y tan inofensivo, no prefirieron mil veces dejar a los manifestantes toda la libertad en su pueril expansión, a enrojecer las calles de París con la sangre de algunos inocentes. A este propósito publicaba anteayer Mr. Pelletan un corto pero sentido artículo que nos produjo el efecto de un argumento irrefutable. El distinguido publicista decía - y decía con mucha razón en nuestro concepto - que entre el rojo de la sangre inocente vertida y el purpúreo color de las banderas desplegadas, todo el mundo oprimará siempre por este último; habiendo sido realmente lamentable que el gobierno

o un agentes, no lo hayan comprendido así también y hayan preferido ver salpicado el suelo de París con las sangrientas manchas fruto de una colisión brutal e intempestiva, a ver tremolar impune en manos de los manifestantes los rojos estandartes, que no por ser rojos habian de sacar a la población parisiense de su actitud reservada y pacífica, como no sacaron de su juicio a los innumeros manifestantes cuando, llegados al cementerio, pudieron con toda libertad desplegar al viento sus purpúreos emblemas.

x x

Pero como todo no puede durar cien años, la calma y la tranquilidad parece que vuelven a renacer después de tanta agitación y de tanto disturbio. En efecto: la actitud por todo extremo prudente y disquisitiva que conservaron los lúelguistas durante el entierro del general Curdes, ha producido en el gobierno y en la población la impresión más favorable. El gobierno, por su parte, ha dado ya la orden para que vuelva a quedar abierto el local de la Bolsa del Trabajo - que habia sido momentáneamente cerrado a causa de los escándalos de estos últimos días -; y el Consejo municipal ha emperado a trabajar activamente (¡ya era hora!) a fin de obtener la aceptación de un arbitraje que venga a dirimir definitivamente las diferencias que existen entre los obreros en huelga y sus respectivos patronos.

Todo hace creer, pues, que el conflicto quedará salvado. Centro de poco en cuanto a la huelga, origen de todas las recientes agitaciones y conflictos. En cuanto a los perturbadores de oficio... los tribunales están ya dando cuenta de ellos de una manera enérgica, con aplauso de todas las personas honradas.

x x

No nos equivocábamos en nuestra anterior correspondencia cuando significábamos que la discreción y el talento de M.^r Goblet, ministro de Negocios Extranjeros de la República sabrían evitar prudentemente las consecuencias de la imprudente nota diplomática enviada a las potencias por el primer ministro italiano a propósito de las justas reclamaciones de Francia en el asunto de Massana.

Pero M.^r Goblet ha hecho más que todo esto: con su nota circular contestando a M.^r Crispi ha alcanzado un triunfo diplomático que, sobre poner el buen nombre de Francia en el lugar precisamente que le corresponde, coloca al gabinete italiano en una situación verdaderamente deplorable, cuyas consecuencias positivas no es fácil prever en estos momentos dado el sesgo que ha tomado el asunto de una

